

La mariposa y el tsunami

Me llamo Hokusai, de Christian Peña

Ernesto Lumbreras



La gran ola de Kanagawa, Katsushika Hokusai, de la serie 36 vistas del monte Fuji, 1829-1831, Museo Pushkin de Moscú. (Imagen: Fine Art Images/Heritage Images/Getty Images)

ESTIMULADO POR EL LIBRO DE EDMOND GONCOURT, con toda seguridad, José Juan Tablada fue el primer divulgador de la obra de Katsushika Hokusai (1760-1849) en México. Antes de su viaje al Japón, en 1901, la fascinación por el Oriente tenía en el espíritu del poeta a uno de sus más devotos y escrupulosos seguidores. La mítica casa de Coyoacán, un trasplante del aristocrático hogar nipón, con sus jardines de sauces llorones y sus estanques con sapos y nenúfares, acentuaban hasta la exageración su gusto y pasión por la cultura japonesa. Fechado en 1918, “El poema de Hokusai” es una reseña lírica —y por supuesto, algo más que eso— de varias pinturas y grabados del genial artista; según el poeta de *Li-Po y otros poemas*: “Hokusai lo dibujó todo, / desde las larvas hasta el sol!”. Varias imágenes del llamado por sus contemporáneos, “el viejo loco del dibujo”, se han sedimentado en eso que la sociología ha denominado “imaginario colectivo”. O, desde otra trinchera del estudio de masas, podríamos afirmar que dicha iconografía ha sido cubierta por el barniz de lo *kitsch*; a la definición convencional del vocablo alemán, “estética de fácil digestión a la que aspiran los nuevos ricos”, agregaría que en las representaciones del archivo visual del *kitsch* se oculta una presencia irrevocablemente funesta: la muerte tras un biombo de papel arroz.

Una lectura con enfoque *kitsch* de *Me llamo Hokusai* de Christian Peña (ciudad de México, 1985) deberá conducirnos a esa encrucijada fatal, cubiertos por un vaho azul y glacial. De los cinco capítulos del libro, cuatro toman como pretexto una pieza —y sus incontables variantes— ejecutadas por la mano de Hokusai: *La gran ola de Kanagawa*, *El monte Fuji rojo*, *El sueño de la esposa del pescador* y *El fantasma de Kohada Koheiji*. Lejos del usufructo de prestigio cultural, el discurso del libro elude la ilustración, la narrativa del personaje y su contexto así como el contrapunto lírico en diálogo con la iconografía de Hokusai. En lo absoluto, Peña no tiene interés en poetizar la vida y la obra del pintor japonés ni en recrear cuadros de épocas con pinceladas de color local a diestra y siniestra. Ciertamente hay un juego, deliberadamente irónico y de semiótica pura, por parte de la voz hablante del poema por “llamarse Hokusai”: “Mi nombre es lo único mío que es de todos”.

El juego de conexiones entre las partes del libro, al mismo tiempo, extramuros, se enlaza con otros libros y con otros episodios de la historia documentada por los medios de comunicación. En un sentido abierto, Christian Peña no identifica diferencias sustantivas entre literatura y vida o entre historia y biografía; ambas experiencias,



Me llamo Hokusai

Christian Peña

México, FCE / CNCA / INBA / ICA,
2014, 75 pp.

en la sensibilidad del poeta, en su plano electivo y en su “código de conciencia” (Auden, *dixit*) mezclan sus aguas y borran todo límite. En esa alquimia, los relatos esbozados, las clases de natación de un niño, el cáncer de pulmón de un fumador, una vacacionista en Vallarta y el fantasma de un familiar, embonan con las piezas de Hokusai antes mencionadas. A partir de esas tramas anecdóticas, relacionadas o no con la biografía de autor, se va formando un palimpsesto, cuyo añadido inmediato son las cuatro obras del grabador japonés a las que se incorporarán otros referentes literarios y documentales.

La escritura de un libro como *Me llamo Hokusai* revela no sólo a un poeta con talento narrativo y ensayístico notable, aplicado en dosis justas y en el lugar indicado a lo largo de la composición. Lo que delata también la escritura del volumen es un trabajo de posproducción, término, es cierto, muy socorrido por las obras de arte conceptual y su crítica respectiva. Sin embargo, el ensamblaje de Christian Peña no reclama para su justificación o probables interpretaciones, ningún texto teórico que avale o contextualice su empresa. No obstante las múltiples referencias que concentra y despliega o la coexistencia de variados lenguajes, el soporte medular del libro es el discurso poético. ¿Es posible hablar, ahora mismo, de lo poético y de la extrañeza? ¿O del grado y de la diferencia, según Gilles Deleuze, para referir lo poético? Dado los escalofríos o los bostezos que provocan las palabras “sublime”, “inspirada” o “extraordinaria” en relación a la poesía, diré que *Me llamo Hokusai* es una obra decididamente extraña —en su gradual diferenciación— del contexto reciente de la poesía mexicana.

La corriente multiplicadora de sentidos del monólogo joyceano que elige Peña para narrar y ensayar, desde “la querencia” de la poesía, no es otra que la del ritmo de la palabra en el tiempo o, en cierto modo, la respiración de los mortales que vacila, acelera y se detiene frente a los avatares del amor y la muerte. A todo

eso habrá que agregar la poética del azar y la teoría del efecto mariposa. Bajo tal concierto, las cinco estaciones del libro reúnen en un mismo orbe, un patito de bañera, el complejo nuclear de Fukushima, los personajes emblema de Juan Carlos Onetti, un decapitado en la carretera de Matehuala, los leones dibujados por Hokusai, un hombre que traza las líneas de su rostro y un fascinante e inusitado etcétera. En la proyección de ese aliento de hechizo y de vértigo, de seducción y complicidad, por ejemplo, Puerto Vallarta es Yakohama y el pulpo lujurioso de Hokusai es servido —desdichadamente frío— en el poema “Dobrada à modo do Porto” de Álvaro de Campos para que muchos años después un poeta mexicano escriba:

También mi lengua es un molusco;
[papilas como ventosas, idioma de
caverna, palabras que se adhieren a las rocas,
[tentáculos que se pegan
a tu boca, que bailan dentro y fuera de tu sexo.

Entre la ya considerable bibliografía de Christian Peña este libro, merecedor del Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2014, es un aparte cualitativo. Sin el mimetismo prestigioso del legado de Ulises Carrión, Juan Luis Martínez o Leónidas Lamborghini, *Me llamo Hokusai* toma y reformula algunos conceptos puestos en práctica por este trío de radicales, en poco tiempo, convertidos en figuras canónicas. Los conceptos de edición, de coexistencia de lenguajes literarios y documentales y de borraduras o ampliaciones a la idea de autor, confluyen en el poema narrativo-ensayístico de Peña configurando un sistema-archipiélago de fértiles y atractivas correspondencias. Surgido del aleteo visual de las obras Katsushika Hokusai, el pretexto artístico evitó, como anotaba párrafos atrás, lo predecible, dando lugar a una pieza que enriquece, además del paisaje de nuestra lírica, el concepto de articulación y proyección del discurso poético. ■